

En memoria de Lew Binford

Laura Miotti

Una vez más frente a la hoja en blanco para llenar de palabras que expresen sentimiento genuino y un panorama breve del pensamiento de Lewis Binford con la implicancia de la enorme repercusión que sus ideas tuvieron desde los '60 en la arqueología mundial. Qué difícil hacerlo sin caer en una historia anecdótica por haber tenido la suerte de haberlo conocido personalmente; ni que sea tampoco un estructurado ensayo de sociología científica, como los tantos que se han escrito desde el 11 de abril de este 2011.

Lewis Binford marcó tanto el pensamiento arqueológico desde principios de los '60 que esta pequeña semblanza deviene en una enorme responsabilidad y a su vez un gran honor, pero sobre todo responsabilidad después que tanto se ha escrito con mucha lucidez como homenaje, tributo o sociología de la ciencia. Aunque de este último género me queda un sabor amargo que sabe a crítica anacrónica y desmedida como la de Alice Kehoe (2011). Pero insisto, desde este último 11 de abril desde los más diversos lugares los arqueólogos y antropólogos han recordado a Lewis Binford. Por lo tanto y como puede el lector encontrar excelentes síntesis de su vida y obra en los trabajos de mis colegas y amigos en este mismo volumen (Borrero, Goñi y Politis) me centraré en el impacto que sus conferencias y cursos generaron a partir de 1993 en nuestro país, claro, todo este panorama filtrado por mi propia experiencia de sus visitas.

Tuve la enorme suerte de conocer a Lewis Binford en el primer curso de posgrado de la FCNyM de la UNLP, cuyo esfuerzo por traerlo al país estuvo a cargo de Gustavo Politis, por entonces Director del departamento de Postgrado de nuestra facultad en La Plata. A partir de ese curso siguieron encuentros de camaradería con asados y muchas charlas arqueológicas y de las otras. Luego compartí con él dos viajes de estudio a Patagonia, los cuales no podré olvidar nunca y lo que encontré en ellos fue una gran cuota de aprendizaje que, a modo de metáfora nos presenta Kavafis en su célebre poema Ítaca.

“... Cuando emprendas tu viaje hacia Ítaca debes rogar que el viaje sea largo, lleno de peripecias, lleno de experiencias... Acude a muchas ciudades del Egipto para aprender, y aprender de quienes saben...”

Para la altura del cruce de Jaramillo, en Santa Cruz, nuestro primer viaje con Binford, y con miles de kilómetros de estepa patagónica en la misma camioneta, y usando bandanas en nuestras cabezas, el acartonamiento estaba derrotado por completo, lo cual ayudó a simplificar mis continuas preguntas y sus pacientes y atinadas respuestas- Ese viaje no fue exactamente una lección de “nueva arqueología”, fue mucho más de lo que yo esperé del mejor de los textos, ya que muy sencillamente y con su bandana en la cabeza Binford me hizo repensar hasta el arte rupestre desde otro ángulo. El suyo por supuesto, pero con cuanta astucia teórica me llevaba a discutir las ideas. Por lo tanto de su enorme generosidad y sencillez me hizo sentir que Patagonia era tan importante, que era mi Ítaca, idea que nunca abandoné. Lo que a esa altura del viaje se me había transformado fue la imagen que de él tuve hasta los primeros días de curso en La Plata, “El maestro inalcanzable. Él logró desvanecer el mito y aparecer al amigo y colega de extremada lucidez que me indicaba un camino. Ahora, a la distancia, sigo percibiendo al amigo, colega pero más aún resalto su enorme dimensión intelectual que me dejó su gratificante enseñanza.

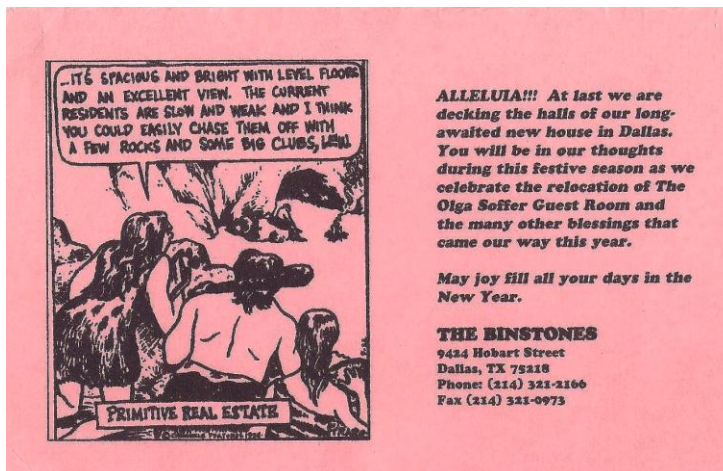
Esto, expresado de modo muy resumido, es lo que he tenido el placer de compartir con él en sus estadías en Argentina y me acercaron a su pensamiento y a su vida. Por eso, esto no es una exégesis objetiva de su trayectoria, eso sería inabordable en pocas páginas. Aquí no se cuenta la vastedad de su producción, sino su creatividad y lógica arqueológica, además de los sentimientos que él puso en la manera de hacer arqueología, pero también parte de la imagen que cada uno de los que tuvimos el honor de poder compartir algo de su vasta experiencia y podemos transmitir.

Por lo tanto y para bosquejar y recordar a uno de los maestros y de las mentes más brillantes de la arqueología tomé dos tarjetas de las que solía enviarme Lew cada fin de año. ¿Por qué tomo estas dos tarjetas postales para recrear parte de su pensamiento? Porque en mi deformación profesional vislumbro a estas postales como objetos simbólicos de una forma de ser y de hacer. De este modo cuando recuerdo a Lew es con la objetivación de las cosas o artefactos de su imaginario. Así percibo su arqueología, muy razonada y con mucho sentimiento. Su obra arqueológica queda plasmada en cientos de excelentes publicaciones, cursos y conferencias que los arqueólogos conocemos muy bien, pero que si bien esa obra es consecuente con su forma de vida y de práctica profesional, parece muy alejada de sus propios sentimientos. Por eso creo que estas dos imágenes pueden sintetizar mejor que cualquier foto, palabra o libro a Lew y cómo de

diferentes maneras nos hizo partícipes de su pensamiento académico.

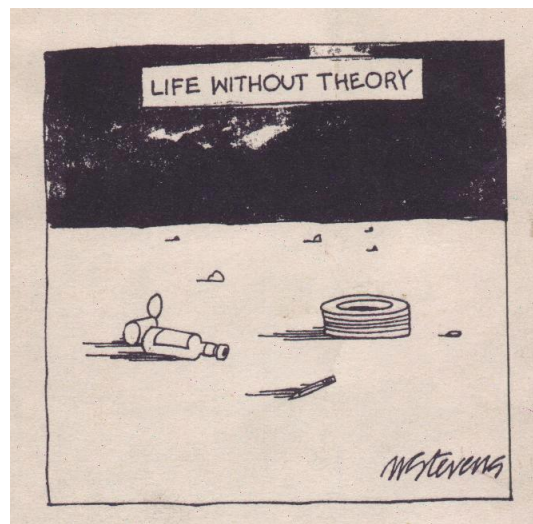
La faceta personal de Lew con un mensaje familiar, sencillo y doméstico, lo encuentro en una tarjeta de buenos augurios para el comienzo del año 1996 y a la que me gusta llamar: “Nueva base residencial”. Ella deja entrever el significado que él daba a la arqueología en su vida. Una vida en donde lo cotidiano se mezclaba en una rica trama de reflexión y práctica; me transmite a un Lew divertido, pero a su vez apasionado por el motor de la teoría para cada acto cotidiano y esto era capaz de transmitirlo de muchas formas, como en una tarjeta navideña.

Lew además de sentir pasión por la arqueología, le encantaba (casualidad o causalidad?) “recuperar” y “reciclar” casas antiguas. Una vez más podemos desprender de sus pasiones y cotidianidades el peso enorme que los conceptos ecológicos, antropológicos, etnográficos y arqueológicos tenían para él. Y en consecuencia con esto, tal vez, y sólo como una interpretación personal, había creado un emprendimiento inmobiliario que además ayudaba en su economía doméstica. Medio año antes del envío de esta tarjeta, Lew había estado en mi casa de La Plata y recuerdo que estaba fascinado con las bovedillas de ladrillo que formaban las lozas de la casa, las maderas de las puertas que seguían siendo las originales del año de su construcción, 1906. En aquella oportunidad me contó que hacía tiempo andaba buscando una casa que tuviera las características de la mía, dual, donde él veía que el pasado convivía con el presente en armonía. Se fue de Argentina ese año y me dijo que cuando consiguiera alguna casa con carácter similar al de la mía me avisaría, también me decía que para él era una empresa difícil pero que iba a luchar por conseguirla. No pasaron más de tres meses, llegó fin de año y el 5 de enero de 1996 recibí esta tarjeta desde Dallas que era ahora su nuevo hogar.



“La nueva base residencial”

Esta otra postal, a la que llamo *Vida sin teoría*, y que para mi muestra sin dudas la importancia que Lew le asignó a este aspecto en su práctica arqueológica. De esta imagen percibo otro gran mensaje, que excede a nuestra propia generación para influir en las futuras. Y cuando pienso esto no lo extiendo sólo a arqueólogos, sino a otros intelectuales que se interesan por transmitir hacia el extramuros académico un mensaje de vida mejor. Creo que esta tarjeta encierra todo lo que uno podría esperar para el presente y futuro de la arqueología y de la vida de los humanos con el mundo que nos rodea. Acá Binford nos muestra el desierto y el abandono si no tenemos un trasfondo conceptual que brinde un paisaje mejor, no sólo de la ciencia sino de la cultura material a futuro. Realmente una idea vanguardista, aun más allá de los marcos procesuales.



“Vida sin teoría”

Esta vehemencia científica de Lew fue asimismo muy bien captada y expresada por David H. Thomas en su célebre “Archaeology”. En el capítulo donde caracteriza la nueva arqueología americana Thomas (1989) destaca que para ello es ineludible nombrar a tres jóvenes y enojados hombres que logran cambiar el curso del pensamiento arqueológico entre los ‘50 y ‘60. De ellos Binford es sin dudas el más destacado y por eso me pareció atinado poner la imagen de esta segunda postal.

Podemos decir entonces que Lewis Binford, el maestro que puso una bisagra a la historia de la arqueología, que fue una de las mentes más brillantes, que compartió y multiplicó sus ideas y una sistemática metodología de trabajo científico, nos dejó un legado de pasión por la disciplina entre

los arqueólogos. Si, él se ganó un merecido respeto intelectual en todos los ámbitos académicos porque su arqueología brindó un sólido marco de referencia, pero además fue consecuente con su forma de vida. Razonamientos brillantes, pasión por la vida y la ciencia, y una enorme capacidad creativa y laboral fueron los motores que marcaron su diferencia entre la excelencia académica de otros muchos arqueólogos y la genialidad que lo signó a él. Los incontables discípulos y seguidores de su pensamiento arqueológico no lo vamos a olvidar y seguramente continuaremos discutiendo, desarmando y rearmando sus ideas; pero eso es lo que quiero destacar: “sus ideas”, en las cuales encontramos mucho potencial para seguir avanzando en la arqueología que practicamos.

Referencias citadas:

Kehoe, Alice Beck. 2011. Lewis Binford and his moral majority. *Arqueología Iberoamericana* 10:8-16.

Thomas, David Hurt. 1989. *Archaeology*. (2nd. Ed). Rinehart 1990. Winston, Inc. Chicago.

La Plata, 2011